

CRISTO EN EL BARRIO DE LAS LATAS

A.P.C.E. SIG.: N.º 39 - 37 17 Agosto 46

Fuera de VALIJA

La hoja parroquial de que ofreci ocuparme la semana última está editada por la Parroquia del Dulce Nombre de María, del Puente de Vallecas, regentada por los Padres Asuncionistas. Es la hoja número 30, y corresponde al mes de mayo de 1946. Es un pequeño pliego con cuatro paginitas del tamaño de un libro corriente. Se titula "Cristo en los suburbios". En la cabecera lleva una viñeta en negro con un Crucificado en la agonía. Junto a la Cruz, las ramas secas, desnudas, sin hojas —hambrientas, diríamos— de un árbol, de uno de esos árboles esqueléticos que se ven en los barrios pobres. Hay en esos barrios una extraña semejanza y asociación entre el hombre y el árbol, y ofrecen ambos una misma desnudez e idéntica miseria humana y vegetal. Y en esta viñeta de la hoja parroquial, el hombre que rima su desolación y penuria con el árbol no es un hombre cualquiera: es el propio Cristo, el Hijo de la Madre Dolorosa, hecho, en la Cruz, negra imagen de sufrimiento y de martirio. A El volveremos luego nuestros ojos. Veamos ahora lo que dice la hoja parroquial.

Esta hoja parroquial es una especie de menuda Biblia del hambre, o brevariario de las privaciones que sufren los hijos de Cristo en la capital de la España imperial, falangista, franquista y playdanielista. Está escrita con prosa pueril, inocente, casi tonta, pero conmovedora. Prosa, por lo visto, de padre asuncionista, para ser leída por almas candidas: pero prosa terrible e implacable en su descarnada realidad. En su folletinesca y bobalicona beatería.

En la primera página hay una "Carta a San Antonio", fingida seguramente, pero no inventada, puesto que refleja la pura verdad de un inmenso drama. Dice así:

"Registrando el cepillo colocado junto a la imagen de San Antonio, mezclada con menudas monedas, hallé esta emocionante cartita, que, corregida, dice así: "Querido San Antonio: Me ha dicho mamá que cuando eras hombre serías el oficio de panadero y que das pan a los pobres. Te voy a decir que somos cinco hermanos y como mi mamá está enferma, yo tengo once años, pero tengo que hacer la comida. Mis hermanitos lloran mucho, mi mamá dice que es porque tienen mucha hambre y yo no sé lo que voy a hacer. Como en el cielo tendrás una tabona, envíanos mucho pan y no te importe aunque no sea blanco. Y como no sé cómo terminar la carta, de parte de mi mamá y de mis hermanitos te envío muchos besos.—Rosita".

"¿Quién quiere ser el San Antonio de esta familia...?"

"¿Cuántas Rositas como ésa hay en Madrid? ¿Cuántos hermanos suyos lloran porque tienen hambre? Recordemos su nombre: en el jardín imperial de la España falangista brota esa flor de pobreza, de dolor, de sufrimiento, de lágrimas, de hambre y de trabajo: se llama Rosita.

Rosita conoce, sin duda, a "Cuarto Kilo". "Cuarto Kilo" es el protagonista del drama siguiente. En la segunda paginita de la hoja parroquial leemos dos "Pinceladas del Natural". Dice así la primera "pincelada" de este terrible y desgarrador naturalismo:

"Cuarto Kilo.—Juanito es un auténtico producto de este suburbio. Tiene seis años; carita de pena, de vez en cuando iluminada por una sonrisa, cuando sus ojos inquietos tropiezan con una mirada cariñosa. Es tan poca cosa, que en el barrio le conocen por el apodo de "Cuarto Kilo". Muchas veces tropiezo con él. "¿Cómo estás, Juanito?" Me apunta con sus ojos tristes y al cabo de un momento sonrío: "¿Cómo quiere que esté, Padre?" "¿Acaso tienes hambre?" "¡Oh, sí, mucha!; igual que todos los días". "¿Qué habías comido?" Un

'platao' de habas, pero sin el grano; mi mamá no puede comprar más que las cáscaras". Adivino la tragedia de ese hogar; son siete personas y no ingresa más jornal que el del padre... "Ven conmigo, "Cuarto Kilo". Le condujeron a una tienda de comestibles. "¿Qué quieres llevar a tu casa?" El rostro de Juanito se ilumina, sus ojos brillan, todo su ser adquiere una expresión desconocida. "Padre, compre caboseres... sí... de esos gordos, y después sardinas en escabeche, pero con mucho caldo..." Hábla que ver salir al pequeñín con su preciosa carga... Al día siguiente viene sonriendo hacia mí: "¿Mataste el gusanillo?" "Casi, casi... me dice mi mamá que trago más que un aspirador; es que tengo tanta hambre atrasada..."

"¡Oh Juanito, carita de pena, ojitos de lástima, tan escuchimizado y poquita cosa que le llaman "Cuarto Kilo"! El autor de ese pequeño drama tampoco ha inventado nada. El hambre es así. Únicamente, el escritor de la hoja parroquial ha querido dar pinceladas de saine en esa pincelada de tragedia. El "platao" de pieles de habas y el "tragar más que un aspirador" son la nota del castigo donaire de ese sainetero asuncionista. Añadamos al nombre de Rosita este otro: Cuarto Kilo, galán infantil del drama del hambre. Tiene seis años.

La segunda "pincelada" es también de un naturalismo escalofriante. Copiemos fielmente su texto:

"San Alejo.—Ya es popular en la barriada el caso de San Alejo. Se trata de un matrimonio. Ella, tuberculosa en último extremo; él, que se pavonea con el título de artista, arrastra su desdicha con diero resignado fatalismo. Han frecuentado varios albergues, pero de todos han sido despedidos. Por fin, se han cobijado debajo de una escalera, con estrechos, pero sin egoísmo... ya que han cedido graciosamente parte del rincón a otro matrimonio tan infeliz como ellos. Allí viven, si a eso se puede llamar vivir, amargados, desesperados y... ¿quién no lo estaría?"

"Se quiere cuadro de más patética miseria? ¿Quién hizo tan desdichado a San Alejo? ¿De qué persecuciones y castigos sale ese triste matrimonio? ¿De qué cárceles o campos de concentración vienen los pobres? San Alejo es, sin duda, un rojo. Rojo habrá de ser en esa España de Franco y su Falange y sus generales traidores y sus obispos profanadores de templos cuando bendicen al generalísimo h a m b r e a d o r. Rojo habrá de ser ese San Alejo de la hoja parroquial. De no serlo, no sería santo.

La tercera paginita de la hoja parroquial contiene un artículo que se titula "Forja de almas". ¡Sorprendente le c t u r a l! Trata dicho artículo de los "cruzados" de la parroquia, "niños todos menores de catorce años", a quienes un Padre convierte en misioneros para a que, "merced a sus sacrificios y privaciones", "comprendan unos pobres chinitos que mueren sin

bautismo... cada uno "cuesta" diez pesetas".

"Los niños, entusiasmados —seguimos copiando— y solos ya, trazan su plan, cada cual aporta una idea... nada de robar... eso no lo agradecerían los Misioneros.

"Al día siguiente, fieles a la cita, acuden todos radiantes de alegría: "Vamos a ver, les interroga el Padre, ¿qué se les ha ocurrido a estos pequeños misioneros?" Se levanta Pepito, que conoce todos los vertederos de una legua a la redonda, y coloca una peseta encima de la mesa: "Padre, está honradamente ganada. Esta mañana, antes de ir al "Cole", me he ido a la busca de carbonilla. He llenado dos baldes, uno para casa y otro para los chinitos, y me han dado por él esta peseta". "Pues yo, argumenta Antonio, no traigo más que tres reales. Las algargatas que llevaba no vallan para nada y he vendido la goma". Y el pequeño cruzado mostraba al Padre sus pies descalzos. Otro más afortunado depositó tres pesetas; no en vano había sacado una maleta de la estación. Otros entregaban sus diez céntimos, todo el capital disponible. Que no se crea que ha aflorado su entusiasmo; ya llevan "comprados" tres chinitos.

"La actitud de estos cruzados es todo un poema de caridad cristiana. Nadie como los pobres sienten y se compadecen de la necesidad ajena... porque saben por experiencia lo triste de un día sin pan, de un dolor sin consuelo, de muchas lágrimas sin mano amiga que acaricie... ¿Cuántos tendrían que apender de la generosidad admirable de estos niños de Vallecas...?"

"Terrible, este poema misionero! ¡Niños descalzos, hambrientos, miserables, dedicados a "comprar" chinitos para que los bauticen! La estampa completa la dantesca visión. Por eso no he querido suprimirla. ¡A "comprar" chinitos sin bautizar, a dos duros la pieza!

Y termina la hoja parroquial con un llamamiento para conmover a los "amigos de los pobres" y una menguada lista de limosnas, para "mitigar la extrema necesidad de nuestros hermanos".

De esta última página copiamos el siguiente párrafo:

"Uno de los patronos de esta Parroquia me aseguraba que este año sus obreros rinden mucho menos que el pasado. "¿Cómo quiere Ud., me decía, que les exija nada viendo que toda su comida consiste en media barra de pan y un par de sardinas areoques!"

"Tal es la trágica realidad. Oigo continuamente a mis amigos de Madrid quejarse amargamente del problema actual de la vida... Dios quiera que pronto se encuentre una solución para el bien de todos."

Y a continuación viene la lista de los donativos de quienes "han sido la providencia de mis pobres durante el mes de abril". ¡Tacañía a providencia! La lista importa en total 1130 pesetas —es decir, lo que se gasta cualquier señorito falangista una noche en un cabaret—. Y a esa suma contribuyen una doña Almudena con cinco duros, unos señores marqueses

con treinta, y otra señora marquesa viuda con veinticinco. Y termina la hoja con la siguiente advertencia:

"Para informes y donativos dirigirse al Párroco del Barrio de Las Latas, calle de Santa Teresa, núm. 2", etc.

Todas las palabras que hemos copiado aquí están tomadas literalmente de la hoja parroquial que tenemos a la vista —y de la que ofrecemos en esta misma página una reproducción fotográfica—. Nada hemos añadido ni quitado nosotros. Todo es exacto, copia fiel.

¿Se ha visto jamás cuadro más desgarrador y miserable? ¿Se quiere imagen más conmovedora del hambre, de la tragedia de un pueblo?

Y no se diga que el testimonio es de un rojo, de un republicano, de un enemigo de Franco. No. El testimonio es de una hoja parroquial, de los padres asuncionistas del Puente de Vallecas, del párroco del Barrio de las Latas. Los rojos, en todo caso, serán los hambrientos: será la madre de Rosita, cuyo padre, sin duda, fué fusilado por Franco, pues no se habla de él en la hoja parroquial; serán "Cuarto Kilo" y su familia, que suman siete personas, sin más jornal que el del padre; serán San Alejo y su mujer, tísica; o el otro matrimonio, "tan infeliz como ellos", al que ceden graciosamente parte del rincón donde se cobijan debajo de una escalera... Esos son los rojos, seguramente.

Y también Cristo, el Cristo de la pobre viñeta negra, el Cristo crucificado junto al árbol desnudo y desnutrido del Barrio de las Latas. ¡Cristo rojo! También él sufrió martirio y persecución de la Gestapo falangista de su tiempo. También él conoció las privaciones y la sed, la hiel y la penitencia, el hambre y la flagelación, el ultraje de los sazones y la muerte infamante. Rojo, de seguro, es también ese Cristo. De no serlo, no se le vería por los barrios miserables. Está allí, en el Barrio de las Latas, con Rosita y "Cuarto Kilo" y San Alejo, porque ha buscado la compañía de sus hermanos en desgracia, y ha huido horrorizado de la sociedad anticristiana de los palacios aristocráticos y de los templos lujosos, de los cabarets caros frecuentados por los señoritos falangistas y de las sacristías de moda frecuentadas por las damas franquistas de la catequesis. No es el Cristo con túnica de terciopelo y cruz de pedrería; no es la imagen de Jesús cargada de joyas, resplandeciente, fulgurante de brillantes, rubies y topacios; ni tampoco el relamido y acicalado Cristo jesuítico y confiteril del Sagrado Corazón, con su barbita rubia bien peinada y perfumada... No es un Cristo de strapero, ni de brazo en alto, ni de negocio de exportación con permiso retribuido de los jerarcas. Es el Cristo en el patíbulo, clavado en la Cruz, el Cristo en agonía de los pobres, de los desamparados, de los hambrientos, de los presos en libertad condicional, de los que sufren persecución de Falange, de los que no pueden trabajar en su oficio o profesión, de los que ganan un jornal misero y tienen que mantener a siete personas cuando cuesta veinte duros el litro de aceite, de los San Alejos sin hogar y de las mujeres tísicas que les acompañan, de los niños desvalidos, tan esculpidos, que les llaman "Cuarto Kilo"...

Ahí queda el testimonio de la hoja parroquial, como prueba elocuente y conmovedora del hambre que sufre el pueblo español, y de la impiedad y dureza de corazón de los señoritos falangistas, de los generales señores y de los obispos relapsos de esa España imperial y azul del Franco ése de la España Una, Grande, Libre. Es decir, de la España anticristiana.

Cristo sólo está entre los rojos.

CRISTO EN LOS SUBURBIOS. Parroquia del Dulce Nombre de María Puente de Vallecas. Registrado por los Padres Asuncionistas. Carta a San Antonio. Registrando el cepillo colocado junto a la imagen de San Antonio, mezclada con menudas monedas, hallé esta emocionante cartita, que, corregida, dice así: "Querido San Antonio: Me ha dicho mamá que cuando eras hombre serías el oficio de panadero y que das pan a los pobres. Te voy a decir que somos cinco hermanos y como mi mamá está enferma, yo tengo once años, pero tengo que hacer la comida. Mis hermanitos lloran mucho, mi mamá dice que es porque tienen mucha hambre y yo no sé lo que voy a hacer. Como en el cielo tendrás una tabona, envíanos mucho pan y no te importe aunque no sea blanco. Y como no sé cómo terminar la carta, de parte de mi mamá y de mis hermanitos te envío muchos besos. Rosita." ¿Quién quiere ser el San Antonio de esta familia...?